

Entrevista a Joaquín Navarro-Valls

El Periódico de Cataluña (Entrevista de Núria Navarro)

*Durante 22 años fue portavoz del papa Juan Pablo II y durante 15 meses, de Benedicto XVI. Un récord absoluto en 20 siglos de historia de la cristiandad. Joaquín Navarro-Valls (Cartagena, 1936), numerario del Opus Dei, hombre inteligente y seductor, tiene el Vaticano y el mundo entero en la cabeza. Ahora ha vuelto a la medicina y a la escritura, sus pasiones. El próximo jueves se instala en las librerías **Recuerdos y reflexiones** (Plaza & Janés), un libro de artículos que debería leer «toda persona que en esta época tenga miedo a que se nos olvide pensar», apunta.*

Su nuevo 'yo' le producirá cierta extrañeza, ¿no?

En absoluto. El trabajo de estos años no me exigía dejar las características personales en la puerta. Era consciente de que tenía que ayudar a comunicar un universo de valores humanos y cristianos muy precisos. Pero le diré un pequeño secreto: durante todo el tiempo en el que el trabajo era un trabajo de 24 horas al día, nunca dejé de tener presente la medicina. Siempre procuré actualizar mis conocimientos.

Ahora que está fuera, ¿en la trastienda del Vaticano se pierde la fe o sale fortalecida?

La fe es un don. Se recibe, no se crea. De por sí, las miserias ajenas y las propias no deberían disminuir la fe, porque entran en el presupuesto. El santo no es el que no tiene defectos sino aquel que hace obras de arte con sus defectos, superándolos. Solo al ingenuo que se acerca al ser humano pensando que es impecable, le puede causar sorpresa el error de los demás.

La fe precisa modelos.

Lo que precisa modelos es la ética.

¿Los hay en la Santa Sede?

La media es muy alta. Luego hay algunos que son santos. Pero he tenido la suerte de no encontrar delincuentes. Y lo digo sinceramente. Son seres humanos.

Si no perdió convicción, ¿por qué renunció a ser portavoz de Benedicto XVI?

Llegó un momento en que estaba convencido de que no era bueno para una Santa Sede tan mediatizada. Poco después de su elección, Benedicto XVI me preguntó: «¿Usted le había planteado alguna vez a Juan Pablo II dejarlo?». Le contesté que tres veces. «¿Y qué le respondió?», me interrogó. «Como sabe, hacía broma de casi todo —le conté—; dijo que tenía que reflexionar y me respondió: 'Recuérdemelo dentro de cinco años'». Pero tenía que dejarlo. Piense que he conocido a 12 portavoces de la Casa Blanca... No fue por el cambio de pontificado, le aseguro.

Sin embargo, la "marca" Benedicto XVI —un Papa intelectual pero anticlimático— es más difícil de vender.

Yo no lo veo así. Benedicto XVI es, desde san Pedro hasta hoy, el Papa que tiene la mayor bibliografía personal. Ha publicado 40 libros y 800 artículos, tiene 18 *honoris causa* y ha aceptado debates en la escéptica Oxford. ¿Qué significa todo eso? Que hay una riqueza de ideas extraordinaria. Habrá que ver si las vehicula adecuadamente o

no.

Los tiempos reclaman un perfil más social que intelectual, ¿no cree?

Creo que estamos en un momento de la humanidad en que hay una gran ambigüedad en los conceptos. Cada palabra significa ocho cosas distintas. Que haya un Papa que quiera hacer una clarificación semántica es un trabajo extraordinariamente necesario. Sus escritos son leídos en el mundo académico

Wojtila había hecho teatro de joven, dominaba la escena, conectaba.

Siempre he sido reacio a las comparaciones. Cuando Juan Pablo II fue elegido tenía 58 años y cuando lo fue el cardenal Ratzinger, tenía 78 años. ¡Por el hecho de haber aceptado ya es como para levantarle un monumento! Yo he vivido desde dentro la estrechísima colaboración personal entre Juan Pablo II y el cardenal Ratzinger. En los borradores de documentos escritos por Juan Pablo II se repetía siempre una frase: «*Que lo vea Ratzinger*».

También pidió en su testamento que continuara la reforma de la Iglesia. Parece que no será así.

Reformas hay. No veo a ninguna institución política, cultural o educativa que esté haciendo lo que la Iglesia bajo Ratzinger frente al repugnante tema de la pederastia. ¡No caigamos en la hipocresía de pensar que la pederastia es cosa de cuatro eclesiásticos! Es una cosa bestial que afecta a millones de niños en todo el mundo. Hay países miembros de Naciones Unidas donde es legal que el hijo de un jeque se case con una niña de 7 años y la comunidad internacional no dice ni una palabra.

No es exactamente lo mismo.

Mire, el 90% de los abusos a niños se consuman en el entorno familiar y el asunto queda en el ámbito jurídico-penal. No veo a ninguna institución que tenga una reacción proporcional a la de la Iglesia

Una reacción tibia y tardía.

Una reacción muy radical. Sin parangón, insisto.

Hay quien señala a Juan Pablo II como inductor del silencio de algunos de esos casos.

En su mayoría son hechos acaecidos en los años 60 y silenciados por las mismas víctimas. Y menos mal que hablaron... aunque lo hicieran en un contexto jurídico-económico. Cuando Juan Pablo II tuvo noticia de la dimensión y la gravedad del problema, llamó a Roma a todos los cardenales americanos para discutir exclusivamente el tema.

Hablar no es tomar medidas.

Se empezaron a tomar medidas. También está el triste y enigmático caso de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo [acusado de abuso sexual contra seminaristas y menores de edad]. Yo mismo di la comunicación de las sanciones en mayo del 2006, el primer año de pontificado de Benedicto XVI, pero el proceso canónico se inició en el de Juan Pablo II. Leer que el Papa había protegido a Maciel me causa indignación.

La teoría conspiratoria ve en este asunto un ajuste entre facciones cara al próximo cónclave.

¡Quíteselo de la cabeza!

Se ha levantado polvareda...

La polvareda se inició con el artículo de Laurie Goodstein en el *New York Times* [afirmaba que en 1996 el entonces cardenal Ratzinger, prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, archivó el proceso al sacerdote Lawrence Murphy, de la diócesis de Milwaukee, culpable de 200 casos de abusos]. Esa periodista no subrayó que la policía interrogó a Murphy y lo declaró inocente. ¿Por qué no dicen que los policías de Milwaukee son encubridores?

Quizá el remedio sea poner fin al celibato.

La cuestión no es «*celibato, sí*» o «*celibato, no*». Nada tiene que ver con el amor humano y menos aún con la sexualidad. Tiene que ver con la imposibilidad que la modernidad nos ha metido dentro de decir «*para siempre*». Frente a eso, propone el «*me tengo que dejar las puertas abiertas*». Todo es una prueba. La modernidad nos ha reducido. Nos ha hecho enanos. Gran parte del éxito de Juan Pablo II con los jóvenes es haberles dicho: «*Sois capaces de decir 'para siempre'. Sois muy superiores a todas las hipótesis sobre vosotros que la modernidad os otorga*».

Sin embargo, se van dando de baja muchos socios del club.

¿Esos que se dan de baja estaban dentro del club? Quizá para algunos sea una época de purificación intelectual. Creían por razones falsas. El tema de la fe es una particular relación entre uno y Dios. Si pensaban que unas miserias humanas pueden cercenar esa relación es que se equivocaban. Es otra cosa.

¿Qué cosa es?

Creo en Dios porque me creo al pie de la letra las dos líneas del Génesis que dicen: «*Y Dios creó al hombre a su imagen y semejanza*». Si eso es verdad, ¡caramba!, cambia todo. Si eso es verdad, yo le debo a usted un respeto que va infinitamente más allá de cualquier cosa que se me pueda ocurrir sobre usted. Decía Pascal: «*El hombre es realmente grande cuando se pone de rodillas*». ¿Qué quiso decir?

Usted dirá. Así, de repente, no suena muy bien.

Quiere decir que una actitud humana básica es la de rezar, porque el hombre debería tener muy claro cuáles son sus límites frente al dolor, frente a cómo digiere los desprecios de los demás y, eventualmente, frente a la muerte. Y si veo los límites, veo cuáles son mis posibilidades. Y me convierto en un ser optimista, porque sé que, pase lo que pase, al final de todo esto hay un *happy end*. Si no me lo creo, la vida no solo es un drama sino que no merece la pena. Si no me la creo, entiendo incluso lo ininteligible: el suicidio.

Usted tiene razones para el optimismo. Ha tenido poder, y mucho.

Y usted se lo cree.

Sí, señor.

Es inevitable que, cuando te expones a salir en los medios, la gente asocie presencia a poder real. Pero no he pretendido ni he querido poder alguno ni en el Vaticano ni en otros puestos. Mire el apego que tenía al poder, que solo quería dedicar algunos años de mi vida a leer y al estudio de la medicina.

Entretanto, revolucionó la comunicación vaticana.

En el campo de la comunicación he llegado a conclusiones muy pedestres. Comunicar es tener algo que decir —los medios están llenos de espacios donde alguien que no tiene nada que decir dice algo porque siente la necesidad de que los demás se acuerden de que está vivo— y adaptar lo que tienes que decir al medio en el que lo dices. Juan Pablo II aceptó eso y yo intenté ayudarlo.

Hizo más cosas.

Quizá instaurar otro modo de trato con los periodistas acreditados (6.000 el último mes de papado de Juan Pablo II, más que en unos JJOO). A veces me decían: «*No se fue usted de ese, que es un homosexual escandinavo...*». «*¡Y a mí qué me importa!* —respondía—. *Es un colega que se gana el pan con este trabajo*».

Fue el artífice del encuentro de Juan Pablo II con Gorbachov, símbolo del fin de la guerra fría.

Fui un año antes a Moscú, en junio de 1988, cuando la *perestroika* era una hipótesis. Gorbachov me recibió en su despacho del Kremlin con una sonrisa. Era un hombre lleno de vitalidad. Un año después vino al Vaticano. Pero eso forma parte del *avecé* del trabajo... Cuando alguna vez Juan Pablo II o Benedicto XVI agradecían mis servicios, siempre les contestaba: «*No me dé las gracias, me paga para esto; poco, pero me paga*». Estar cerca de la Historia no significa ser el motor de la Historia.

¿Y cómo ve la Historia ahora?

En esta tardomodernidad hay un nivel de inseguridad crítico. Cuando este Papa, antes de resultar elegido, habló de la «*dictadura del relativismo*» estaba diciendo algo muy importante.

Usted aventuró que, cuando abandonara la plaza de San Pedro, se ordenaría sacerdote.

Nunca lo pensé. No es mi dirección de vida.

¿Cuál es su dirección de vida?

Soy feliz por volver a mi primer amor profesional que era y sigue siendo la medicina. Trabajo en la *Universidad Campus Bio-Médico* de Roma, y también en la joven facultad de Medicina de la *UIC*.

Me interesaba menos el trabajo que la persona.

Aspiro a vivir. Estamos tan ocupados con el vivir que se nos olvida la riqueza del hecho de vivir. Párate y reflexiona sobre la maravilla de que es mejor ser que no ser, y díselo a la pobre mujer que se enfrenta a la decisión de un aborto. Entre el ser y la nada, el ser.